CRÍTICA DE BLUES DEL HOMBRE SOLO

Autor: NORBERTO LISCHINSKY

Por :STELLA MARIS PONCE

Un libro de poemas "Blues del hombre solo", que Norberto Lischinsky firmó con el seudónimo de Ionatan Barzel podría ser otro fragmento para avanzar en esta reconstrucción, en la historia de un hombre que, tal vez, sintiéndose solo en la lucha cotidiana elige ser anónimo, o ser otro, con otro nombre para decir con el tono de un blues en qué consiste la vida, la muerte, el placer de las pequeñas cosas, la nostalgia del barrio y los amigos, el dolor que trae el amor y su pérdida.

Un libro que me llega a través de un ejemplar ajado, amarillento, con la tapa deteriorada, hoy prácticamente inhallable y en el que predominan los grises, los claroscuros, los contrastes de luces y sombras, en curiosa concordancia entre su contenido y el diseño exterior y de algunas ilustraciones interiores. Una metáfora en sí mismo de la propuesta poética que incluye.

Austeridad de estilo y especial cuidado en no develar nada más allá de lo que la palabra poética misma nos devela. Una plaquette de quince páginas que bien podrían ser leídas como una íntima confesión del autor. Un puñado de poemas para dar testimonio de su intensa vida interior en la cual advertimos una exaltación vital unida por momentos a una entrañable apuesta al optimismo y otras a la resignación frente a los avatares que la vida impone. Versos que muestran una lírica intimista, que bordea la primera persona pero acude a la segunda y a un yo colectivo en vistas de elevar a modo de plegaria un sentimiento común a todos los humanos. En este sentido puede advertirse una actitud romántica y hasta whitmaniana en ciertas líneas: " Sucede que algunas mañanas/ aparezco en el zaguán/ hermanado con la vida/ y al llegar hasta la esquina/ viejo cana o dos colimbas/ soy hermano de millones/ más millones de melenas/ latitudes ciegas, paralelos mudos/ como si en la tierra/ fuéramos sólo uno…" (fragmento del poema Tomás Moro viejo nomás) Características que condicen con la época en que fue escrito, durante la adolescencia o temprana juventud del autor en Concordia.

La poesía como reflexión, como herramienta para comprender el mundo y comprender la propia existencia, para hermanarse con el prójimo y juntos sentir que la experiencia del vivir es la verdadera causa común, el único objetivo, tan democrático como el dolor o la muerte. Es frecuente el uso de vocativos, en ese afán de hacer un llamado colectivo a la introspección, como sucede en el poema Fin de invierno: "…Hermanos, cuánto los comprendo/ desde mi cuarto vacío/ desde mis sábanas frías/ desde mi miedo." O una intención didáctica que apunta a despertar la conciencia, filosofar sobre el destino, buscar las causas profundas del hacer de cada uno, a través de una vehemente exhortación a la segunda persona, como se evidencia en el largo poema Oda pedagoga: